



NATIVEL
PRECIADO
EL SANTUARIO
DE LOS
ELEFANTES

Premio Azorín de Novela 2021

Nativel Preciado



El santuario de los elefantes

Premio Azorín de Novela 2021

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Nativel Preciado, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2021
Depósito legal: B. 3.167-2021
ISBN: 978-84-08-24185-0
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

PREÁMBULO

Me llamo Helani, soy tanzano y quiero contar lo que nadie me preguntó. Tengo ascendencia kikuyu, algo de lo que estoy orgulloso porque mis abuelos lucharon heroicamente contra el colonialismo en Kenia. Las mujeres kikuyus son las más rebeldes, independientes y liberadas de África oriental. La primera mujer africana que obtuvo el Premio Nobel de la Paz, Wangari Maathai, era kikuyu.

Durante media vida fui guía turístico, me ganaba el pan llevando a ricos occidentales y asiáticos por los parques nacionales de mi tierra y aprendí español en una academia en Dar es-Salam, con el fin de poder trabajar para un mayor número de turistas. Dirán que nos dejan muchos dólares, y es cierto; el turismo nos da de comer, pero nos mata el alma, como el *mahout* aplasta el espíritu del elefante.

Mi trabajo está mal pagado, pero sería peor intentar ir a cualquier país europeo donde sé que, si llegas vivo, te maltratan. Me quejo amargamente de los blancos porque solo se hacen eco de los conflictos y las hambrunas. África no es pobre, la han empobrecido despojándonos de nuestras riquezas, llevándose todo: el oro, los diamantes, el platino, el petróleo, el cobalto, el coltán, el uranio... El gobierno tanzano ha subido considerablemente los impuestos a las multinacionales mineras, pero ese dinero se queda por el camino y no contribuye al bienestar de mis

hermanos. Si cerrásemos el grifo de las exportaciones durante siquiera unos meses, millones de trabajadores europeos se quedarían en paro. La riqueza del suelo africano es vital para la supervivencia de los blancos, nuestras materias primas son imprescindibles para la industria aeronáutica, automovilística, espacial, armamentística, de comunicaciones.

Todos ponen su mirada insaciable sobre el continente africano. Los gobiernos africanos han entregado, a precio de saldo, enormes latifundios a grandes empresas agrícolas que los dedican a la obtención de biocarburantes, en vez de al cultivo de alimentos. Si no fuera por los voraces intereses comerciales, habría suficientes recursos para dar de comer a más de ochocientos millones de personas que pasan hambre. Los campesinos venden sus tierras para pagar deudas y tienen que abandonar sus hogares en busca de trabajo y alimentos. Un mundo con millones de desplazados es insostenible; si siguen fomentando la mano de obra en condiciones de semiesclavitud, pronto se volverá en su contra.

Llevan años expulsando a los nativos para ampliar las zonas de caza, de las que solo se benefician corporaciones extranjeras. A los que denuncian amenazas y agresiones les queman sus casas y matan a sus animales. Las vacas para nosotros son sagradas porque cubren las necesidades de la tribu. Sin el ganado, los pastores se mueren de hambre. Los supervivientes se ven forzados a emigrar a ciudades superpobladas dentro de África, con los índices de natalidad más altos del mundo, donde sus habitantes padecen sida, tuberculosis y, ahora, un coronavirus que nos está diezmando. En los barrios no hay agua, electricidad ni alcantarillas, la gente defeca en cualquier parte y los niños juegan en el lodo, entre ratas muertas, basuras flotantes y mosquitos portadores de malaria. Y en medio del caos se organizan las

mafias que trafican con drogas, armas, marfil, inmigrantes, mujeres y niños esclavos.

Los safaris de lujo han invadido la sabana para fotografiar o cazar animales salvajes. Los furtivos arrasan con los colmillos de elefante y los cuernos de rinoceronte. El gobierno de Tanzania se declara defensor del ecosistema y dice que lucha contra la corrupción, pero consiente que las compañías extranjeras destruyan los territorios habitados por los masáis para construir pistas de aterrizaje y carreteras. El poder decide quién come y quién pasa hambre.

Dice un proverbio somalí que el puente solo se repara cuando un hombre se cae al agua. Las cosas se están complicando demasiado, porque ya hay muchos náufragos. La situación es insostenible: o los negros se igualan por arriba o los blancos tendrán que hacerlo por abajo.

El último grupo de españoles para el que trabajé vino a cometer todo tipo de tropelías. No me trataron bien, tampoco muy mal, les era indiferente: vinieron a divertirse y hacer negocios, no a escuchar lamentos. Lo único que sabían de mí era mi nombre, ninguno se interesó por nada más. Nosotros pensamos, sin embargo, que el que escucha es más sabio que el que habla.

Pero no quiero mentir: no todos fueron iguales. Había una persona diferente. Esta es, sobre todo, su historia. La que cambió la mía.

PRIMERA PARTE

Junto a las barrancadas abismales del valle del Rift, ante el soberbio trono del Kilimanjaro, en los bordes del cráter del Ngorongoro, en las sabanas salvajes del gran Serengeti y en las playas nacaradas de Zanzíbar, el alma acata con reverencia animal la grandeza del mundo.

El sueño de África tal vez no sea más que un afán de aventura, la resistencia infantil del corazón a aceptar la vulgaridad y rutina del mundo.

... A la postre, uno por uno, cayeron seducidos por el mal de África. Y todos murieron soñando con regresar.

JAVIER REVERTE

Marcos y Elisabeth Blum tenían invitados a cenar. Aquella velada pretendía ser el comienzo de una arriesgada experiencia en África.

Antes de sentarse a la mesa, prolongaron el aperitivo para dar tiempo a que llegaran dos rezagados: Adriana Claire, galerista, íntima amiga de la anfitriona y viuda de un alto cargo internacional, y el anticuario Carlos Alba, recientemente divorciado, propietario de una de las colecciones de arte más importantes de España. El largo aperitivo supuso que el anfitrión, Marcos Blum, se sirviera más copas de las debidas para brindar con cada uno de los invitados.

Para los amigos más recientes, Marcos y Elisabeth Blum eran unos potentados hispanovenezolanos, fabricantes de perfumes y exportadores de café, con una buena cartera en Bolsa y participaciones en varias sicavs. Rara vez se referían a sus antepasados judíos alemanes, pioneros que llegaron a Venezuela en el XIX para comprar fincas cafeteras donde se dedicaron a producir uno de los cafés más aromáticos, delicados y reconocidos del mundo.

Marcos Blum, bajito y feo, descendía de una familia de larga tradición, pero Elisabeth, algo más alta y agraciada, era harina de otro costal. Los suegros nunca vieron con buenos ojos que fuera pobre de solemnidad y, además de

existir entre ellos un abismo social, tenía malos modales, era ambiciosa y manipuladora; estaban convencidos de que se aprovecharía de su hijo y le trataría como a un pelele. En efecto, ella decidió abandonar los cafetales, ya en declive, para invertir en un negocio con futuro: compraron dos naves junto a la autopista Simón Bolívar donde instalaron un laboratorio farmacéutico clandestino para vender medicamentos a Brasil. Gracias al empeño de su mujer, terminaron exportando también al resto de Latinoamérica y a África, y Marcos Blum duplicó su fortuna y fue entonces cuando, con el negocio viento en popa y a pesar de sus inmejorables relaciones con el gobierno bolivariano, decidieron poner tierra por medio. Elisabeth amaba España, donde habían nacido sus bisabuelos, emigrantes asturianos, y deseaba mudarse a Madrid. Marcos, como siempre, cedió a sus deseos.

Aquello fue hace muchos años. Tantos que, aunque no perdieron el dulce acento caribeño, sí terminaron adoptando un vocabulario genuinamente castizo.

La mesa estaba preparada para ocho comensales. Los invitados llegaron a la imponente residencia que los Blum poseían en La Moraleja con las manos gélidas. El chófer los acompañaba hasta la puerta de la entrada para protegerlos de la lluvia, pero los paraguas volaban, pues se había levantado un viento huracanado. Hacía una noche desapacible en un mes de diciembre más intempestivo de lo habitual. Solo uno de los invitados, el doctor Antoine Kapa, buen amigo de los Blum, estaba en la casa desde primeras horas de la tarde con el fin de ayudarlos a enfocar el delicado asunto que el matrimonio quería transmitir a sus amigos. Todos ellos, por cierto, cuidadosamente seleccionados en función de sus fortunas o de sus relaciones en el continen-

te africano, como era el caso de Saúl Mena, quien, como diplomático, era el único que conocía personalmente el terreno y mantenía un estrecho contacto con personajes del entorno de algunos gobiernos corruptos. La pareja de nuevos ricos formada por Eduardo Torres y su tercera esposa, Mery, una rubia teñida diecinueve años más joven que él, había sido seleccionada por la cercanía con el resto del grupo, y, sobre todo, por sus ilimitadas posibilidades de inversión. Similares a las de Carlos Alba, el anticuario divorciado que últimamente llegaba tarde a todas las citas con gesto indiferente. Sin embargo, no sería el último en llegar, pues apareció antes que Adriana farfullando un percalce inverosímil para justificar su impuntualidad.

Solo faltaba, por tanto, la viuda, que al menos había telefoneado disculpándose porque había pillado un atasco al ir a dejar a una amiga en el aeropuerto. Adriana Claire también había sido requerida por su fortuna, claro, pues era la más acaudalada de todos, pero era además una mujer culta, elegante, divertida y sociable. Sugirió que empezasen a cenar sin ella, algo a lo que la anfitriona se negó rotundamente, lo que a su vez impacientó más a la invitada que, en cuanto pudo, pisó a fondo el acelerador de su lujo deportivo alemán.

Cuando finalmente llegó Adriana, la recibió Marcos copa en mano y con gestos que el alcohol volvía demasiado efusivos al tiempo que su mujer le fulminaba con la mirada y rescataba a su amiga para presentarla a aquellos que aún no conocía del grupo: el diplomático Saúl Mena y el matrimonio Torres. Con el resto de los comensales tenía una relación amistosa y, en el caso de Carlos Alba y Antoine Kapa, también existía un vínculo, en cierto modo, profesional: al anticuario le había comprado valiosas piezas para decorar su nueva casa en Madrid y ambos coincidían en frecuentes fiestas, actos sociales y, en ocasiones, pujando

por el mismo objeto en las subastas de Durán; al doctor Kapa le visitaba en su consulta de la calle Gurtubay.

Era más tarde de lo previsto cuando fueron tomando asiento a ambos lados de una larga mesa rectangular, vestida con una mantelería de lino bordada a mano y decorada con pétalos de orquídeas, vasos de cristal de Bohemia con filo dorado y una vajilla antigua japonesa de porcelana Nippon pintada a mano. Demasiado recargada y ostentosa, pero los motivos florales de los platos llamaron la atención de Adriana.

—¿De dónde has sacado esta joya? —preguntó, mientras miraba el reverso de su plato.

—En efecto, es una joya. Es un regalo de los Alba —dijo con un gesto hacia el anticuario—, que como sabes tienen un gusto exquisito.

—¿Cuándo vas a dejar de hablar en plural? —protestó el aludido divorciado—. ¿No te das cuenta de que hace tiempo que vengo solo?

—Disculpa, Carlos, tengo esa mala costumbre, pero en este caso es justo decir que me lo regalasteis los dos, Berta y tú.

—Vale, Berta y yo, no los Alba.

—Bueno, entonces erais los Alba.

Marcos Blum interrumpió la absurda discusión alzando la enésima copa con la mirada algo perdida.

—¡Queridos amigos, brindemos por este encuentro tan deseado!

—Os estamos muy agradecidos de que hayáis aceptado nuestra invitación —retomó Elisabeth para evitar que su marido cometiera algún desliz—. Y, ahora, brindemos por que esta cena tenga un feliz desenlace.

Entrechocaron las copas y cinco de los invitados se miraron a los ojos sin saber aún qué pretendía el matrimonio. El único que conocía el motivo de la reunión era Antoine

Kapa, y no porque lo hubiera adivinado, como sucedía en otras ocasiones, sino porque compartió los preparativos y dio su aprobación a cada uno de los comensales con la seguridad de que aceptarían sin dudarlo la propuesta de los Blum.

—Bueno, queridos —prosiguió la anfitriona—, hace mucho que no nos vemos, de modo que disfrutemos ahora de la cena, pongámonos al día sobre nuestras respectivas vidas y después os haré una propuesta que espero no rechacéis.

—De ninguna manera —espetó Adriana categórica, por todos—. ¿No pretenderás dejarnos con la curiosidad?

Los demás comensales mostraron igualmente su disconformidad, nadie estaba dispuesto a esperar a los postres.

—Está bien, está bien —cedió la venezolana—. Asumo el error cometido al anunciarlo: no me queda más remedio que anticipar el fabuloso proyecto que venimos estudiando desde hace meses, en el que nos encantaría que participaseis. Se trata de una inversión muy segura y, desde luego, muy rentable.

Elisabeth les contó que estaban buscando socios de absoluta confianza para comprar unos extensos terrenos destinados a la construcción de un gran resort de lujo en una zona privilegiada de Tanzania, donde, para mayor fortuna, podía haber bajo tierra alguna veta de mineral sin explotar.

—Os aseguro que es un emplazamiento asombroso —intervino Marcos reclamando protagonismo y mostrando una señal en un mapa.

Saúl Mena buscó en su teléfono Google Maps, y, mano a mano, se lo hizo llegar a Marcos para que precisase dicho lugar.

—Está cerca del Parque Nacional de Tarangire.

—Toda esa zona es espectacular —aseguró el diplomático.

Los terrenos ocupaban decenas de kilómetros cuadrados y en los alrededores podían contar con la suficiente población para asegurarse la mano de obra.

Aunque Carlos Alba no conocía el interior de Tanzania, sí había estado en Zanzíbar, y les contó a todos su experiencia, recreándose en los detalles.

—No olvidaré ese hotel enclavado en una roca en la playa. Por la tarde, cuando subía la marea, el mar nos rodeaba por completo y parecía que estábamos en un barco encallado. Siempre preferiré el lujo africano al asiático, dónde va a parar. Pero os diré que en Stone Town, la parte antigua de Ciudad Zanzíbar, sí sentimos cierta inseguridad. A ver, es Patrimonio de la Humanidad, y muy interesante, desde luego, pero la pobreza es descomunal.

Les habló de la mezcla de cultura suajili y árabe, de las míticas puertas labradas escondidas entre las callejuelas donde se fotografiaban los turistas y de la triste fama que aún tenía por haber sido el principal puerto de esclavos de toda África durante siglos.

—Parece que tienes bonitos recuerdos —dijo Adriana, al escucharle hablar con tanta nostalgia—. ¿Fuiste con Berta?

—No, ya estábamos separados —respondió molesto—. Mejor será que dejemos tranquilos a los ex si queremos tener la fiesta en paz. Por fortuna, Berta ya no forma parte de mi vida.

—¿Tampoco es ya la madre de tus hijos? —remató la galerista irónicamente, que seguía siendo amiga de su ex.

—Cómo se nota que no tienes descendencia... Si me apuras, prefiero hablar de los ex que de los hijos. A ver si os enteráis de una vez por todas: yo no considero mi divorcio un fracaso. Al revés. —Carlos se empeñó en convencer a

sus amigos de algo en lo que ni él mismo creía—. Como todos aquí sabemos, el amor es fugaz y cuando una pareja no funciona resulta absurdo prolongar la relación de una manera forzada. Te descasas y ya está. Sin traumas, sin explicaciones y a otra cosa, mariposa.

—El divorcio, querido, es una liberación —insistió Adriana—. Pero siempre viene después de una derrota.

Estaba en lo cierto, pero no quiso prolongar la discusión. La galerista y Elisabeth seguían siendo amigas de Bertha. La ruptura de los Alba fue un conflicto traumático que dejó a Carlos profundamente herido. Tenía una pésima relación con su ex, que había sacado la mayor tajada en la ruptura, por eso le molestaba hasta que mencionaran su nombre o el de sus dos hijos, cuyo cariño y respeto había perdido cuando quedó demostrada, además de sus numerosas infidelidades, la existencia de una antigua amante con la que llevaba una doble vida y que actuaba, además, de testaferro en negocios compartidos con algunos individuos de dudosa legalidad.

El anticuario decidió volver al tema que los ocupaba: Tanzania. Su situación geográfica, con extensas fronteras con sus varios países vecinos —Mozambique, Malawi, Burundi, Zambia, Ruanda, Uganda y Kenia—, lo convertía en un lugar ideal para tantear a sus proveedores directos. Todavía se podían encontrar, en algunos mercados, antiguas piezas de tanzanita, marfil o coral de gran valor.

—Cuéntenos con más detalle, Elisabeth. La verdad es que parece un proyecto muy sugerente —pidió con interés Eduardo, pensando en una posible participación e incluso en la ejecución de algunas obras para recuperar parte del capital invertido, siempre que el beneficio estuviera claro.

—Aún no me han facilitado el perímetro concreto ni el precio exacto, solo una horquilla. Luego os enseñó la documentación y lo veréis con más detalle.

—Necesitamos datos: planeamiento, estudio de mercado... —reclamó el constructor con sumo interés—. ¿Tendríamos asegurada la licencia para llevar a cabo el proyecto?

Elisabeth sonrió encantada al comprobar que la elección de los comensales había sido un acierto rotundo. Solo faltaba que se involucrase Adriana para que la operación fuera un éxito.

Marcos trató de aportar información valiosa:

—La oferta proviene de personas de las que nos fiamos plenamente. Hay margen para más financiación y por eso os lo proponemos. Tenemos un buen amigo en Ginebra que custodia las inversiones de un político muy relevante en Tanzania y nos ha asegurado que todo serían facilidades, ¿verdad, Elisabeth? —Aún no se había percatado de la mirada reprobatoria de su mujer por anticipar demasiadas pistas.

—Os advierto que el actual presidente, John Magufuli, está empeñado en acabar con la corrupción —intervino Saúl, ejerciendo de diplomático—. Lo primero que hizo fue reducir su salario a una quinta parte de lo que cobraba su antecesor.

—¡Populismo! ¿Y quién habla de corromper? —terció Antoine Kapa, al darse cuenta de que Marcos había metido la pata—. Es un asunto totalmente legal. A Elisabeth, a Marcos y a mí se nos ha ocurrido que podíamos organizar un viaje en grupo a Tanzania. Además de divertido, sería la mejor manera de conocer el territorio y comprobar si realmente tiene tantas posibilidades como nos dicen.

—¡Un safari! —exclamó Mery echándose la melena rubia tras el hombro—. ¡Es maravilloso! Eduardo, mi amor, ¿cuántas veces te lo he pedido?

—Lo que queremos hacer no es un safari precisamente —intervino Elisabeth tratando de zanjar el asunto—. Bue-

no, ya sabéis de qué se trata. ¿Cenamos? Luego, como os he dicho, lo hablaremos con más detalle. Mientras tanto, quiero que Adriana nos cuente cuándo nos va a invitar a su nueva casa en Madrid. La está dejando espectacular, queremos verla cuanto antes.

—Cuando lo tenga todo instalado, seréis los primeros en visitarla. Estoy pendiente de que me envíen de París unos óleos que quiero colgar en la salita, y el escritorio de Stephan.

El marido de Adriana había muerto hacía un par de años, tras una enfermedad fulminante de la que nunca dieron detalles a la prensa. La viuda se había mudado recientemente a Madrid.

—Stephan tenía un gusto exquisito —continuó Elisabeth—. Además de guapo, estaréis conmigo en que era un hombre interesantísimo.

—No tuve la suerte de conocerlo, pero le he visto en fotos y, sí, te doy la razón, Elisabeth, era un hombre muy atractivo. Lo vuestro debió de ser una loca historia de amor, ¿cómo le conociste? —preguntó Mery con su habitual e inoportuno candor.

—Parece que vamos a hablar más de los ausentes que de los presentes —terció el diplomático con la intención de hacer un favor a Adriana, a la que no dejaba de mirar desde que se la habían presentado.

—No te preocupes, Saúl, no me importa hablar de él, es más, me agrada recordarlo. Conocí a Stephan durante un desfile de moda en Berlín. Me lo presentó Berthold Lauer, el marido de mi amiga Bárbara, a la que he dejado esta tarde en el aeropuerto. Nos fuimos a cenar los cuatro y, la verdad, es que me cautivó desde el primer momento pero traté de alejarme de él porque conocía su fama de mujeriego. Además, no necesitaba mirar muy lejos, tenía bien presente lo mucho que sufría mi amiga con la mala

vida que le daba Berthold. Él me llamó unas cuantas veces y yo siempre encontraba una disculpa para no verlo. Y dejó de llamarme.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó otra vez Mery.

—Pues que, al cabo de unos meses, estaba en Puerto Portals cenando con unos amigos en Flanigan y, cuando pedimos la cuenta, el camarero dijo que ya habían pagado y que el señor que estaba al fondo sentado en la barra nos invitaba a una botella de champán. Era Stephan Claire y, naturalmente, le dijimos que brindase con nosotros. Ya no me pude resistir. Ahí empezó todo y... ya sabéis el final.

—¡Las tías somos idiotas! —exclamó Mery—. Si un hombre se lo propone, caemos como moscas en sus redes.

—Más idiotas somos nosotros que os aguantamos —masculló Eduardo, mirando a su jovencísima mujer con gesto de hastío.

Las puyas del matrimonio provocaron un silencio incómodo, aunque quienes los conocían ya estaban acostumbrados. No se explicaban que Eduardo se hubiera casado, nada menos que por tercera vez, con semejante tarugo, por muy joven que fuera.

—Por cierto, ¿de qué murió Stephan? —preguntó Mery sin venir a cuento, tras mirar con desprecio a su marido.

—Querida, eres la indiscreción personificada —volvió él a reprenderla.

—Menudo interrogatorio —medió la anfitriona, al ver que estaban violentando a su amiga.

—No pasa nada, Elisabeth —se apresuró a responder Adriana—. Estoy cansada de que me pregunten siempre lo mismo y ya me da igual que se sepa la verdad: murió de una enfermedad pulmonar. Todo el mundo pensó que se trataba de un cáncer, pero en realidad fue consecuencia del sida que padecía desde antes de conocerme.

El impacto que produjo la confesión dejó a todos sin

habla. Nadie se atrevió a verbalizar las preguntas que flotaban en el aire: ¿le reveló Stephan que tenía sida cuando se conocieron? ¿Se lo contagió?

Adriana era muy consciente de todos los escándalos que rodearon a su marido y que salieron a relucir con su muerte. La prensa sensacionalista europea se recreó miserablemente en los trapos sucios de la pareja, se rumoreó que la galerista se casó con Stephan *in articulo mortis* ante un registrador de París para heredar su patrimonio, y que él accedió al sentirse en deuda con ella, no solo por los cuidados recibidos durante su enfermedad y su entrega durante el tiempo que estuvieron juntos, sino, sobre todo, por el mal trago que le hizo pasar al declarar como testigo a su favor cuando la camarera de un hotel en Berlín le acusó de violación. Stephan, alto cargo en el Quai d'Orsay, se vio obligado a afrontar cargos de agresión sexual, y es ahí donde Adriana se prestó a declarar como testigo de su buen comportamiento. Fue sobreseído por no concurrir los presupuestos necesarios para imputarle. No obstante, sus abogados presentaron una querrela por denuncia calumniosa contra la camarera, que, finalmente, retiraron tras llegar a un misterioso acuerdo que nunca se reveló. Aunque se desconoce la verdad de lo que sucedió en el hotel, dada la poca credibilidad de la camarera, lo cierto es que el suceso habría truncado la carrera política de Stephan, que, en todo caso, murió a los pocos meses, atendido con todo el cariño de Adriana Claire, su cuarta esposa.

—Lo he dicho al principio y lo repito —salió al quite Carlos Alba—: ¿Por qué no dejamos de hablar de los ex? Hay muchos más temas: viajes, lecturas, arte...

—¿Puedo hablar del expresionismo alemán? —comentó Saúl oportunamente señalando el cuadro que presidía el comedor del matrimonio Blum—. ¿Es un auténtico Kirchner?

—Sí —declaró orgullosa Elisabeth—. ¿Te gusta, Saúl?

—¿A quién no, Elisabeth? Me gusta tanto como los pendientes de Adriana, aunque no es lo que más me gusta de tu amiga —dijo el diplomático dirigiéndose a ella con mirada seductora.

—Gracias, Saúl, son mis preferidos. Tienes buen gusto. Pertenecieron a mi abuela —le respondió inalterable la galerista.

—No me extraña que te guste —corroboró Antoine Kapa, que había estado callado hasta ese momento—. Adriana tiene la belleza serena y fascinante de Juliette Binoche.

—Gracias, Kapa. Curiosa comparación, porque la Binoche y yo tenemos la misma edad. Así que ya lo sabéis: tengo cincuenta y cinco años, soy la mujer mayor de esta mesa.

—Estamos ahí ahí, querida. ¡Pero yo no cometeré la imprudencia de revelar mi edad! —bromeó Elisabeth.

Pasaron el resto de la cena charlando en un ambiente relajado que hizo bien a la velada, hasta que la anfitriona marcó los tiempos:

—Si no queréis repetir postre, nos tomamos el café en la salita y así os enseño algunos documentos del proyecto. ¿Os parece?

Era el momento adecuado para reconducir la conversación y cumplir el objetivo que les había reunido esa noche tan desapacible en la mansión de los Blum.